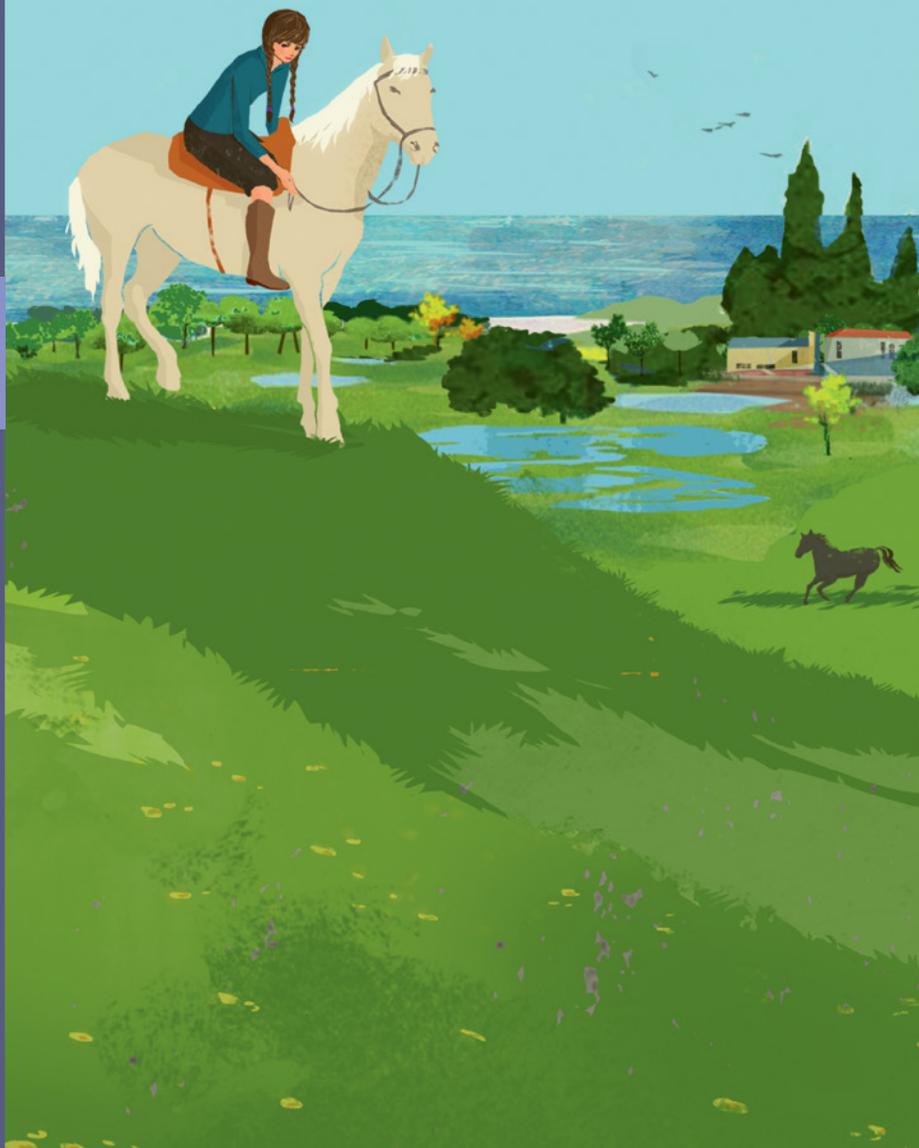


Clásicos Modernos

Al viento de la Camarga

Federica de Cesco



ANAYA

1.ª edición: febrero 2016

Titulo original: *Im Wind der Camargue* de Federica de Cesco

© Del texto: Arena Verlag GMBH, Würzburg, 2006

© De la traducción: Carmen Bas, 2016

© De la ilustración de cubierta: Eva Vázquez, 2016

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-0845-0

Depósito legal: M-37468-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

Al viento de la Camarga

Federica de Cesco



Traducción:
Carmen Bas

ANAYA

Índice

Capítulo 1	9
Capítulo 2	19
Capítulo 3	35
Capítulo 4	39
Capítulo 5	43
Capítulo 6	48
Capítulo 7	53
Capítulo 8	61
Capítulo 9	68
Capítulo 10	75
Capítulo 11	83
Capítulo 12	91
Capítulo 13	99
Capítulo 14	104
Capítulo 15	112
Capítulo 16	120
Capítulo 17	126
Capítulo 18	135
Capítulo 19	140

Capítulo 20	148
Capítulo 21	156
Capítulo 22	159
Capítulo 23	163
Capítulo 24	170
Capítulo 25	176

1

Había dejado de nevar, pero Estella pensaba que el tiempo no iba a seguir así. El penetrante olor a sal del aire anunciaba tempestad. El viento empujaba mar adentro las nubes deshilachadas como plumas. Pequeñas olas rizaban la superficie del agua de la laguna de Fangassier y en la orilla había pesadas cañas mojadas en el cieno.

■ 9

Estella llegó a grandes saltos hasta el arroyo de agua dulce que corría a lo largo de la cerca. Rompió la fina capa de hielo con el tacón de la bota. A pesar del frío, Estella solo llevaba un pantalón y un viejo jersey que era de su padre. Sus brazos estaban desnudos hasta los codos. Tenía el pelo, de color castaño oscuro, recogido en una gruesa trenza que le colgaba por la espalda. Hundió el cubo en el agujero del hielo y lo sacó lleno hasta el borde. Luego corrió de vuelta a casa.

La casa era más bien una cabaña, una *cabane*, como se dice en la Camarga, una construcción baja pintada de blanco que parecía inclinarse hacia el suelo para poder resistir mejor el azote del viento. En lo alto del tejado de

paja destacaba una cruz blanca orientada hacia el norte. Justo al lado de la cabaña había un tejadillo que servía de refugio a los caballos.

Estella abrió las puertas de una patada. En la gran habitación, que servía también de cocina, ardía un buen fuego. Alrededor de una pesada mesa había unas sillas de madera de olivo con los respaldos tallados y un banco cubierto con una tela estampada de flores. No tenían agua corriente, ni tampoco luz eléctrica. Una lámpara de aceite se encargaba de la iluminación. Martin Arnaud, que desde la muerte de su mujer vivía allí con su hija, siempre se había negado a equipar la cabaña con tales comodidades; le parecían innecesarias, y también demasiado caras.

10 ■

Estella cogió una cuchara grande de un gancho y sacó agua del cubo para preparar café. Luego cortó unas gruesas rebanadas de pan que puso encima de la mesa junto con mantequilla, salchichas y aceitunas. Su padre volvería pronto y, como siempre, tendría más hambre que un oso.

Arnaud era un hombre corpulento y desgreñado. Su pelo era marrón, como el de su hija, y tendría un brillo rojizo si él se tomara alguna vez la molestia de cepillárselo. Pero normalmente solo se pasaba los dedos por el pelo. Hacía unos veinte años que había abandonado París. No quería saber nada de su familia. Sus padres eran gente acomodada que nunca le habían perdonado que se casara con la hija de un pescador pobre del delta del Ródano. Había conocido a Mireille durante unas vacaciones en Sète y se enamoró de ella nada más verla.

Cuando aquel verano regresó a París con la tímida joven (que nunca había ido más allá de Carcassonne), empezaron

las discusiones con su familia. Con aquella boda arruinaría su vida, le reprochó su padre. Su madre ni siquiera quiso ver a Mireille. Pero Arnaud se casó a pesar de todo. Solo Lucien, su hermano pequeño, asistió a la boda como testigo.

Arnaud adquirió un terreno en la Camarga y lo preparó para cultivarlo. Con sus propias manos restauró la cabaña en ruinas. Orgulloso y testarudo, no quiso ceder. Le dio definitivamente la espalda a su familia y a la vida en la ciudad, por la que no sentía otra cosa que desprecio. Pero Mireille tenía una insuficiencia cardiaca de la que nadie sabía nada y murió al dar a luz a Estella.

La niña vivió con sus abuelos mientras Arnaud trabajaba como *gardian*¹, cuidando los animales de su amigo Nicolas Rivoyre, un gran propietario de tierras de la zona. Cuando una vez le recriminó Lucien su vida solitaria, él respondió:

—¡Déjalo estar! Me siento bien en mi propia compañía.

—¿Y si te pasa algo? —le preguntó su hermano.

Arnaud, que siempre tenía respuesta para todo, dudó un instante. Luego le puso a Lucien la mano en el hombro.

—Si a mí me pasara algo, sé que tú te ocuparías de Estella. —Y al ver el gesto serio de su hermano, se echó a reír—. ¡No te preocupes! Me verás más viejo que las piedras y rodeado de una manada de nietos tiranos.

Cuando Estella empezó a ir al colegio, Arnaud se la llevó a vivir con él. Le gustaba observar a los animales. Había escrito un libro que había publicado un editor de París.

1 Término utilizado en la región de la Camarga para denominar a la persona que se encarga de cuidar al ganado. Vaquero.

Ahora preparaba un segundo libro sobre las aves acuáticas de la Camarga. El delta del Ródano es una de las reservas naturales más bonitas de Europa. ¿Pero lo seguía siendo? Desde que se había descubierto la Camarga como lugar de vacaciones, se había acabado la tranquilidad. Arnaud se quejaba de los turistas y de los hoteles, que habían aparecido como setas por todas partes.

—¡Mira ese cartel, Estella! —gruñía—. *Se alquilan caballos*. ¡Qué vergüenza! Todos esos pobres animales trotando en fila como los gansos y cargando con turistas sudorosos que confunden el caballo con una moto. ¡Y como en París se ponga de pronto de moda llevar adornos de plumas de garza en el pelo, van a pelar a los pobres animales como si fueran gallinas!

12 ■

A Estella le parecía que su padre exageraba un poco, aunque en el fondo tenía razón. En verano, la Camarga parecía transformarse en un centro de ocio lleno de turistas sedientos de sol. En Saintes-Marie-de-la-Mer iban de un lado a otro medio desnudos y no soltaban el frasco de apesotoso antimosquitos en todo el día. Hordas de jóvenes pasaban a toda mecha con sus motos por las calles, y las discotecas estaban llenas hasta altas horas de la noche. En la playa, los veraneantes se asaban a fuego lento bajo el ardiente sol de mediodía, y las dunas estaban llenas de latas de refresco, pieles de plátano, botellas y papeles grasientos.

Los turistas desaparecían en cuanto refrescaba. Durante el invierno apenas había gente de fuera. Las marismas se helaban y un viento helado barría la llanura.

Estella miró por la ventana. La niebla envolvía ahora la cabaña y la nieve caía en copos cada vez más grandes.

Atizó el fuego. Un gato de ojos amarillos se acercó sin hacer ruido.

—¡Toma, bébete tu leche, Seth! —dijo Estella.

Cogió un cuenco y lo dejó en el suelo. El gato empezó a beber la leche a lametones, y roncó. De pronto, Estella oyó el sonido de los cascos en el silbido del viento. ¡Su padre!

Se echó por encima una cazadora y se acercó a la puerta. Un fuerte chorro de viento entró en la cabaña. Nevaba cada vez con más fuerza. La niebla era tan densa que apenas se podía ver la cerca. De pronto apareció entre los copos, como un fantasma, un jinete con la cabeza cubierta. Tenía la nariz y las orejas rojas.

■ 13

—¡Maldito tiempo! ¡No para de nevar!

Con los dedos tiesos, soltó la cincha y liberó al caballo de la silla mojada.

—Bicou ha trabajado bien hoy. ¡Se merece unos mimos!

Estella le dio unos golpecitos cariñosos al caballo en el cuello. Las largas crines estaban congeladas. La respiración del animal formaba un vapor caliente en sus ollares.

—Le traeré avena.

Como si hubiera entendido esas palabras, Bicou se metió debajo del tejadillo, donde un tronco horadado servía de pesebre. El padre entró en la casa, dio unas patadas en el suelo con los pies helados y se frotó las manos. Estella trajo un cubo lleno de avena. Hambriento y nervioso, Bicou la empujó y ella estuvo a punto de derramarlo todo.

—¡Eh! —exclamó Estella—. ¿Es que no puedes esperar?

Un apagado ruido de cascos sonó en la niebla. De la oscuridad surgió de pronto Mouchette, la yegua, que había

olido la avena y quería su ración. Mouchette siempre estaba hambrienta, incluso cuando acababa de comer. Se metió bajo el tejadillo y empujó a Bicou, que se defendió furioso. La yegua protestó.

—¡Mouchette! —gritó Estella. Se apoyó con todas sus fuerzas contra la yegua y la apartó a un lado. El animal se retiró con desgana.

—¡Fuera! —gritó Estella, agitando los brazos en el aire—. ¡Fuera!

Mouchette resopló, se alejó un par de metros y empezó a escarbar en la capa de nieve.

14 ■ Estella entró en la casa luchando contra la tormenta de nieve. Mouchette y Bicou pasarían la noche fuera, como todos los animales. Allí no se conocían los establos.

Estella cerró las puertas, se quitó la cazadora y lanzó su trenza para atrás por encima del hombro. El padre estaba delante de la chimenea con las manos estiradas hacia el fuego. El resplandor amarillo le iluminaba la cara y hacía brillar sus ojos bajo las pobladas cejas.

—¿Te has enfadado con Mouchette? —le preguntó en broma.

—¡No es una yegua, no es nada más que un estómago! —se quejó Estella.

El gato, que se calentaba al fuego sobre las baldosas, se acurrucó contra las piernas del *gardian* ronroneando. Arnaud cogió al animal.

—Demasiado frío para dar vueltas por ahí fuera, ¿eh, viejo pirata?

—¡El café está listo! —gritó Estella, y apartó enseguida los dedos de la tapa caliente de la cafetera.

Arnaud se sentó, cogió un trozo de pan y lo untó con mantequilla.

—Anoche murió otro ternero —dijo.

En invierno, las vacas parían a sus terneros. Tiritando y mojados, no más grandes que un perro, los terneros se arrastraban por la nieve y sus madres los protegían con el calor de sus cuerpos. A menudo morían antes de ser suficientemente fuertes para soportar el frío.

—Las vacas siempre se van a las dunas cuando paren —gruñó Arnaud—. Se tarda horas en encontrarlas. Desde que Pierrot se ha roto la pierna, somos solo cuatro. ¡Mañana va a ser un día duro!

Estella echó azúcar en su café.

■ 15

—¡Yo te acompaño! —exclamó—. Te buscaré en la playa con Mouchette.

—¿Con este tiempo? ¡Tú no estás bien de la cabeza!

Estella le ayudaba a veces a su padre en el trabajo. Sabía tratar con animales, y manejaba el tridente tan bien como un *gardian*. Por eso le molestó la observación de su padre.

—¡Hasta hoy siempre te he ayudado!

—¿Qué te parecería darte un golpe en la cara?

—¡Qué más da! Ya se curará, ¿no? —Estella encogió los hombros.

Arnaud levantó sus gruesas cejas antes de echarse a reír.

—¡Pues claro! —reconoció—. Al fin y al cabo eres hija mía. ¡Está bien, ven! Pero luego no te quejes.

Estella nunca había sido una niña mimada. Su padre la sentó sobre un caballo cuando apenas tenía tres años. Casi se podía decir que había aprendido antes a mantenerse en la silla de montar que a andar. Montaba todos los caballos a

pelo. Nada le daba miedo. Con cinco años se coló por debajo del alambre de espino y se paseó muy orgullosa por delante de los toros. Ninguno de esos grandes animales le había hecho nunca nada.

16 ■ Estella fue al colegio en Saintes-Maries-de-la-Mer hasta los dieciséis años. Tenía una gran facilidad para aprender, hablaba muy bien y se le daban muy bien las cuentas. Su profesora opinaba que debía seguir estudiando. Arnaud dio su aprobación, pero Estella no quiso saber nada de estudios superiores. Era muy feliz cuando se acababa el curso y podía pasar todo el día en los pastos y junto al mar. Se la veía galopar por las dunas con la piel bronceada como una gitana, levantando nubes de fina arena, o descalza por la playa, los labios secos por la sal, bajo el brazo una cesta llena de conchas y erizos de mar de color violeta.

¿El futuro? Parecía muy lejano, no pensaba en él. Pero al padre sí le preocupaba. ¿Podía dejar que su hija creciera entre manadas de vacas, dunas y lagunas de agua salada? ¿No sería mejor que estudiara y aprendiera una profesión? Había intentado hablarlo con Estella, pero ella nunca le tomaba en serio o se enfadaba. Pero tenía que hacer algo. Entonces se acordó de la carta que llevaba un tiempo «en lista de espera».

Lucien le escribía muy poco; solo una o dos veces al año y cuando tenía que comunicarle algo importante.

Arnaud sacó la carta del bolsillo arrugado de su cazadora y empezó a leer. De pronto soltó una fuerte risotada.

—¡Este Lucien! ¡Imagínate, se ha casado! Era un tipo flaco, bonachón y con gafas, amable y aburrido. A padre siempre le hizo gracia burlarse de él.

—¿Cómo se llama su mujer?

—Michelle. Y ahora es tu tía.

—¡Ha mandado una foto! —dijo Estella estirando el cuello. En la foto se veía al tío Lucien, más tieso que nunca, al lado de un mujer rubia muy guapa.

—Parece cansado —comentó Estella arrugando la boca.

Arnaud miró a su hija. Una arruga vertical se marcó entre sus cejas.

—Si no me hubiera peleado con ellos, nos habrían invitado a la boda, y tú te habrías puesto un vestido bonito y yo te habría visto bailar.

«¡Cielos!», pensó Estella. «¡Ahora va a ponerse sentimental! ¡Lo que faltaba!».

Cogió a Seth, que se restregaba contra sus tobillos.

■ 17

—¡No quiero ponerme vestidos ni bailar! ¡Soy una chica de campo!

Arnaud cogió su pipa y la llenó con movimientos lentos.

—¡Esta primavera te voy a llevar de viaje! —dijo al cabo de un rato. Estella dejó de acariciar al gato.

—¿De viaje? ¿Adónde?

—A París.

—¿A París? —gritó Estella roja de alegría—. ¡Qué bien! ¿Podré ver la Torre Eiffel?

—Hasta podrás subir a ella, si quieres. Y luego te enseñaré París. Comeremos en un pequeño restaurante de la Rue Cujas. Yo iba allí cuando estudiaba en París... —Movié la mano en el aire—. O sea, ¡si todavía existe!

No debió haber empezado a desenterrar recuerdos. Irritado, mordió la pipa y añadió con tono amargo:

—Lo mismo luego llamo a casa. Diré: Hola, estamos en París. ¿Queréis ver a vuestra nieta?

—¡Pero yo no quiero verlos! —gritó Estella furiosa.

No quería saber nada de sus abuelos, que habían rechazado a su madre porque no era suficientemente buena para la familia.

Arnaud soltó el humo hacia el techo y sacudió varias veces la cabeza.

—Después de tantos años deberíamos poder hablar del asunto.

—¡Yo no! —gritó Estella testaruda.

Arnaud suspiró y se puso de pie.

18 ■ —Tengo que acabar de escribir unas cosas —gruñó.

Estella recogió la mesa. El padre puso encima la máquina de escribir y un montón de papeles.

—Si yo fuera tú, me iría pronto a la cama —dijo—. Si no te despiertas a tiempo, me iré sin ti.

Clásicos **Modernos**



Otros títulos de la colección

Chocolate amargo

Mirjam Pressler



Eva tiene quince años, no tiene amigas, está gorda y no se gusta a sí misma. Parece que la vida es más fácil para las chicas delgadas, o eso es lo que piensa ella. Al menos saca buenas notas, pero esto no le hace sentirse menos aislada. En su familia no se siente muy entendida, y en el instituto ya es habitual pasarse los recreos sola leyendo.

Si al menos tuviera más fuerza de voluntad para dejar de comer tabletas de chocolate y esas rebanadas de pan con mantequilla, podría adelgazar y todo sería diferente.

Sin embargo, conocer a Michel y a Franziska le ayudará a darse cuenta de que sentirse bien consigo misma no tiene que ver con los kilos de más.

Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Cuando Alba se tira al río para rescatar a Dídac, un chico mulato al que han empujado al agua, se produce un ataque alienígena. Justo en ese instante en el que Alba y Dídac están bajo el agua, el mundo, tal y como lo han conocido hasta entonces, deja de existir.

Cuando salen a la superficie, atónitos, descubren lo ocurrido y se van dando cuenta de que parecen ser los únicos supervivientes. Tras el *shock* inicial, la lucha se impone, hasta que ambos caen en la cuenta de que de ellos depende la construcción de un nuevo mundo y el preservar aquello del pasado que consideran importante, como por ejemplo los libros.

Alba y Dídac se convertirán en los nuevos padres de la humanidad porque decidirán ser el origen en lugar del final.

El polizón del Ulises

Ana María Matute



Tres hermanas solteras (Etelvina, Leocadia y Manuelita) encuentran un día a las puertas de su casa a un niño abandonado. Después de buscar a los padres sin éxito, las tres hermanas deciden adoptarlo y llamarlo Marco Amado Manuel, aunque todo el mundo lo conocerá por Jujú. Cada una de las tres hermanas se emplea a fondo en enseñarle al niño aquello que considera más importante en la vida para que se convierta en un hombre sabio, elegante y práctico.

Pero a Jujú lo que más le gusta es refugiarse en el desván para leer y leer. Allí creará su propio mundo con la compañía inseparable del *Ulises*.

La cabina mágica

Norton Juster



Cuando Milo entra en esa cabina mágica que lo transporta a un mundo tan distinto y a la vez tan parecido al nuestro, empieza a tener experiencias sorprendentes. De pronto, ese tímido muchachito de diez años, desganaado y sin interés por nada, que piensa que «el proceso de adquisición de conocimientos es el mayor derroche de tiempo» imaginable, inicia un insólito viaje a través del Reino del Conocimiento. Y entonces descubre que la vida y la razón pueden ser tan estimulantes como no hubiera podido imaginarlo ni en sus más locos sueños infantiles.

Atrévete a entrar en esta cabina mágica, donde la poesía navega por un mundo imaginario, la lógica y la ilógica se confunden, y las palabras y los números discuten por su primacía.

La diversión está asegurada.

Una vida mágica

Diana Wynne Jones



Tras la muerte de sus padres, Gato vive a la sombra de su arrogante hermana Gwendolen, cuyos poderes mágicos todos admiran. Su vida transcurre apaciblemente bajo la tutela de una bruja mediocre hasta que los dos hermanos son enviados al castillo del poderosísimo mago Chrestomanci. Allí, Gwendolen se empeña en llamar la atención interfiriendo en la vida normal del castillo con toda clase de hechizos malintencionados. La cosa llega a tal extremo, que Chrestomanci termina retirándole la magia como castigo. Indignada, Gwendolen huye a un universo paralelo, enviando a ocupar su lugar a Janet, su doble en nuestro mundo, que sin embargo tiene un carácter afable y carece absolutamente de magia.

Todo se complica cuando Janet y Gato se ven envueltos en una conspiración de brujos y hechiceros contra Chrestomanci.

Una de las novelas de Federica de Cesco que mejor representa la lucha del personaje femenino por realizar su sueño en una profesión de hombres.

Estella ama la vida al aire libre que lleva en las amplias extensiones de la Camarga, al sur de Francia. Sus días transcurren entre el ganado y los caballos de un rico ganadero, a los que cuida su padre.

A Estella le apasiona el trabajo que lleva a cabo su padre y sueña con realizarlo ella cuando sea mayor, a pesar de que es muy peligroso. Un accidente inesperado cambia por completo su vida y tendrá que enfrentarse con dureza a la realidad: el rechazo y la oposición a seguir la estela de su padre. Pero ella no se conforma con lo que se espera de una chica, tiene su propia forma de pensar y de vivir.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579017

ISBN 978-84-698-0845-0



9 788469 808450

www.anayainfantilyjuvenil.com

REALISMO



ANAYA